



Pablo Fanjul junto a sus compañeros de Dropsens en la sede de la empresa en Llanera. | ILLUSTRACIÓN

Asturianos en el trampolín suizo

La entrada de la multinacional Metrohm en Dropsens, una empresa nacida de la Universidad de Oviedo, lanza sus sensores químicos a los mercados de 80 países

Oviedo. Eduardo GARCÍA En el año 2006, la pequeña spin-off Dropsens, una empresa nacida en el seno de la Universidad de Oviedo y más en concreto en la Facultad de Química, tuvo una facturación de 3.000 euros. "Nos fuimos a un congreso en Alcalá de Henares y allí la propia universidad de Alcalá y la de Baleares nos compraron unos sensores", detalla Pablo Fanjul, uno de los tres promotores de esta firma de sensores para análisis químicos junto a David Hernández y el catedrático de Química Analítica, Agustín Costa. Una década después, Dropsens estima que este año facturará un millón y medio de euros. Su último encargo, una serie de sensores químicos destinados a la Universidad de Denver, en el estado norteamericano de Colorado.

Hace justamente un año la spin-off asturiana fue noticia porque una multinacional suiza, Metrohm, entró en su accionariado. Ambas firmas se conocían bien, había relación comercial y colaboración desde Asturias con muchas de las empresas distribuidoras de Metrohm, que tiene participación minoritaria pero que abrió un inmenso campo de actuación comercial en todo el mundo.

Lo que ha sucedido en este año se resume así: Dropsens, desde la periferia asturiana, vende sus productos a unos 80 países de los cinco continentes. A toda Europa, a casi toda América, a Australia y Nueva Zelanda, países asiáticos y también africanos como Kenia, Suráfrica y Libia. "Nos ha hecho un pedido hasta de un centro de investigación de Mongolia", asegura Pablo Fanjul, que acaba de leer su tesis doctoral.

Aquellos tres pioneros, que en realidad se redujeron a dos porque el profesor Costa ejerció de padrino y guía de investigación,

incremularon hasta una plantilla de 17 personas, todas entre los 28 y los 38 años de edad, entre las que hay químicos, físicos, ingenieros electrónicos e ingenieros informáticos.

La historia de Dropsens resume el mejor de los escenarios. Nacida en la Universidad, partiendo de cero, creciendo rápido y surtiendo al mercado de productos de alto valor añadido. La alternativa industrial que lejos del carbón y el acero, trabaja con nuevos materiales y vende sensores que compiten con los más sofisticados del mundo.

Dropsens vende instrumentos de medida de parámetros químicos para análisis clínicos de todo tipo. Con proveedores asturianos y personal formado en Asturias, lo que sale de la planta tercera de uno de los edificios del Parque Tecnológico de Llanera es un instrumental que a simple vista se parece a un móvil, con unos sensores a modo de pequeñas placas, y otros accesorios. Un pedido pesa un kilo pero puede costar miles de euros. El futuro es eso.

Muchos equipos universitarios trabajan en investigación y en el desarrollo de nuevos prototipos,

"Un buen día empiezas a pensar en el mercado, y aquí se levanta un muro muy difícil de superar", dice. En realidad, dos muros. Uno, la falta de conocimiento empresarial de los jóvenes investigadores. Otro, la necesidad de recursos económicos. Fanjul está convencido de que "si se solucionarían estos dos problemas, la transferencia de conocimiento al mercado sería mucho mayor".

A Dropsens le echó una mano en sus inicios el Centro Europeo de Empresas e Innovación, organismo del Principado para promover emprendimientos. De ahí

salió una convicción: el plan de empresa era viable. Pero había que buscar financiación.

Se logró a través de tres empresas inversoras. Cien mil euros de capital social y otros cien mil euros de préstamo por parte de la Sociedad Regional de Promoción. Todo un riesgo, pero también una idea por la que merecía la pena luchar.

Y en esto llegó Metrohm, una empresa suiza de historia curiosa. Creada en los años cuarenta, cuando a su fundador le llegó la edad de jubilación no se le ocurrió otra cosa que vincularla a una fundación sin ánimo de lucro. Con ello evitaba una más que probable deslocalización de la firma, cuya sede central se ubica en la pequeña ciudad de Herisau.

Metrohm cree en los productos elaborados desde Asturias y pone a disposición una red comercial inmensa, desde México a Malasia, desde Canadá a Irán. Con centros de investigación y universidades iraníes hubo en su día mucha colaboración. "Irán llegó a ser nuestro tercer cliente, con el bloqueo internacional hubo un parón y ahora parece que repunta. Sorprende lo de Irán, un país con un nivel formativo muy alto y con muchísimas universidades".

Los primeros seis meses del año arrojan un 20% de aumento de ventas sobre el año anterior. Pero la influencia de Metrohm será progresiva. Técnicos asturianos viajan por todo el mundo para formar a equipos comerciales sobre productos que se fabrican en Asturias. "Ahora toca viaje a Malasia, Singapur y Tailandia".

El futuro tiene que ver con una legislación mundial cada vez más restrictiva en materia contaminante "que va a requerir sensores cada vez más sensibles". También con la aparición de contaminantes emergentes, algunos relacionados con el rastro que pueden dejar los nuevos materiales. Y con la aparición de nuevas moléculas indicadoras de procesos tumorales. Sensores más capaces suponen diagnósticos más precoces.